

--¿Cree usted que el que yo sea rico puede ser un obstáculo para nuestro amor?

—Sí.

—¿Desearia usted que fuera yo un miserable?

—No, miserable no, pero pobre.

—Eso es una extravagancia. Acaso no sabe usted que el dinero lo puede todo?

—Sí, menos igualarnos.

—¡Cómo no! Concha, desde hoy no faltará nada en la casa de usted: desde hoy usted tendrá cuanto apetezca, y jamás tendrá usted penas.

—Usted tiene familia.

—Está ausente.

—Usted se avergonzará de mí mañana.

—Jamás, contestó Arturo cómicamente.

Esta entrevista, como casi todas las entrevistas de amor, fué bruscamente interrumpida, circunstancia que proporcionó á Arturo una salida honrosa, y á nosotros pasar á otro capítulo.

CAPITULO V.

MONOGRAFÍA DEL POLLO.

AUNQUE el jóven ha existido en todas las edades y bajo todas las latitudes, el pollo es esencialmente del siglo XIX, y con mas especialidad de la época actual, y todavía mas particularmente de la gran capital.

No hay que confundir al pollo con el adolescente á secas, con el niño, ni mucho menos con el jóven.

El pollo se cria en México bajo condiciones climatéricas. Es la larva de la generacion que viene, de una generacion encargada de darle la última mano á nuestras cosas de hoy.

Cuando nos hemos propuesto escribir sobre *los pollos*, no hemos comprendido bajo este nombre á todos los jóvenes, ni este título *sui generis* lo prodigamos por razon de edad solamente; y para que el lector juzgue y establezca importantes diferencias en las clasificaciones, le mostraremos nuestra cartilla que á la letra dice:

—¿Qué es pollo?

—Pollo, por razon de edad, es un bípedo racional que está pasando de la edad del niño á la del joven.

—Qué es pollo por razon social?

—El bípedo de doce á diez y ocho años, gastado en la inmoralidad y en las malas costumbres.

—¿En cuántas clases se dividen los pollos?

—En cuatro, á saber:

Pollo fino, pollo callejero, pollo ronco y pollo temprano.

—¿Qué es *pollo fino*?

—El hijo de gallina *mocha* y rica y gallo de pelea, ocioso, inútil, y corrompido por razon de su riqueza.

—¿Qué es *pollo callejero*?

—El bípedo bastardo ó bien sin madre, hijo de reformistas, tribunos, héroes, matones y descreídos, que de puro liberales no les ha quedado cara en qué persignarse.

—¿Qué es *pollo ronco*?

—El de la raza del callejero que llega al auge de su ponderancia, que es el plagio.

—¿Qué es *pollo temprano*?

—Cada uno de los tres anteriores que se distingue en

su primer emplume por sus avances: de manera que es mas *tempranero* el que con menos edad tiene mas vicios y el corazon mas gastado.

—¿Existen en esa edad jóvenes á quienes no se les debia aplicar el nombre de pollos?

—Sí; existe la generacion espiritual, la de los jóvenes honrados, los hijos de la ciencia, los alumnos aprovechados de los establecimientos de educacion, ricos y pobres, pero fieles á la moral y al deber, que serán mañana los depositarios de la honra nacional, del patriotismo, de la ciencia y de la literatura.

—¿Hay causas determinantes del aumento y progreso de los pollos de las cuatro clases enunciadas?

—Sí, y son las siguientes:

Primera: el torrente invasor de la prostitucion parisiense.

Segunda: la conmocion social en la época de transicion porque atravesamos.

—¿Cómo se podrán corregir los pollos implumes cuando desprecian la moral y el deber, cuando se burlan de los buenos ejemplos?

—Solo por medio del ridículo. Señáleseles con el dedo: exhibanse ante el mundo con todos sus defectos; y al arrancar sonrisas mofadoras y gestos de desden, tal vez le teman mas al ridículo que al crimen.

Con esta moraleja acaba la cartilla. Nuestra intencion es sana, tanto cuanto es nuestra pluma torpe en el difícil género que hemos emprendido; pero en gracia de nuestra

buena intencion nos perdonará el lector la digresion, y andarémos el hilo de la historia.

Volvamos á Pedrito.

Pedrito tenia mucho de su papá y de su mamá, pero mas tenia de sí mismo; de manera que sabia mas de lo que le habian enseñado.

Pedrito tenia por derecho legítimo el título de pollo callejero.

Doña Lola, si bien no tenia eso con que se hacen los discursos, era buena, inofensiva y devota; pero no pudo conseguir que Pedrito siguiera sus consejos. En cuanto á Don Jacobo, se dispensó una vez por todas la molestia de dárselos nunca.

Abolida (y con justicia) la disciplina y los golpes como método racional de enseñanza, ha habido despues muchos papás y mamás que han tocado el extremo opuesto: hoy están en mayoría absoluta los muchachos consentidos, los niños son mas formalmente malcriados y terribles: las mamás querendonas y consentidoras están tambien en mayoría.

Temblad ante los niños especialmente de los riquitos. Muchos dicen que es porque nacen mas despiertos, que es el progreso, y exclaman parodiando al libro santo: Dejad que los niños hagan todo lo que les dé gana.

Eso hizo Pedrito, eso le dejaron hacer hasta lograr su entrada en el gremio de los pollos callejeros.

Merced á la influencia del general tardó muy poco en encontrar destino, y mucho menos en encontrar sastre:

dos elementos tan indispensables para el pollo, como el maiz y el agua.

Pedrito fué de la noche á la mañana escribiente; bien es que no sabia escribir, pero ya aprenderia; y si de ortografía tampoco sabia cosa, estaba recomendado por el general.

Pedrito se trasformó en un abrir y cerrar de ojos: no habia recibido la primera quincena cuando estrenó un pantalon á grandes cuadros; un saco ó gaban en que empleó el sastre la menor cantidad posible de género.

El pollo callejero le llama al sombrero alto *sorbete* ó *cubeta*, y lo rehusa por ser el distintivo de los caballeros. Pedrito se adaptó un sombrerito corto, abovedado, que segun él decia, era á la inglesa.

Se colocó la corbata mas amarilla y mas abigarrada que encontró en el comercio, y no faltó alfiler, ni dije, ni circunstancia para que Pedrito estuviese presentable.

La pobre de Doña Lola tenia mucho gusto, y era tan buena, que tuvo mas satisfaccion de ver á Pedrito hecho un lechuguino, que si le hubiera visto la honrada blusa del obrero.

Doña Lola creía de buena fé que su hijo se habia logrado; y cuando supo que Pedrito tenia amigos de distincion, la pobre madre no pudo menos que avergonzarse de haber reprendido tantas veces injustamente á su pobre Pedrito.

Doña Lola, como lo habrá conocido el lector, creía con mucha facilidad muchas cosas: tenia desarrollado el órga-

no de la fé, ó como decia Don José de la Luz, Doña Lola tenia muy buenas creederas.

De manera que Doña Lola creía sinceramente que Don José era el modelo de los compadres; y á juzgar por las pruebas de cariño que de éste recibia diariamente, tenia razon: Don José estaba pendiente de sus menores deseos; Don José hacia las veces de Don Jacobo Baca: con respecto á la conducta de los hijos de éste, Don José subvenia á las necesidades domésticas, y como se verá por lo que vamos á contar en seguida, Don José no tenia precio en materia de amistad.

Se acercaba un viérnes de Dolores.

Don José habia estado viendo venir ese viérnes hacia dos meses.

Doña Lola tenia una Dolorosa, delante de la cual ardía de dia y de noche una lamparita.

—El dia de mi Virgen, decia una noche Doña Lola á Don José, el dia de mi Virgen pongo altar.

—Hará usted muy bien, Doña Lola, esa es una costumbre que me gusta mucho. Estamos de acuerdo; y ademas, como ese es un dia grande.....

—¿Por qué? preguntó Doña Lola, sabiendo por qué lo decia Don José.

—Porque es el dia de su santo.

En los labios de Doña Lola se dibujó una sonrisa.

En los de Don José otra.

Despues la mirada de Doña Lola se encontró con la mirada de Don José y los dos guardaron silencio.

En seguida hablaron de otras cosas.

Pocos dias despues Don José rompió un interregno de silencio con estas palabras:

—Con que el dia de su santo.....

Y..... ¡qué casualidad! se volvieron á reproducir las dos sonrisas y se volvieron á encontrar las dos miradas.

Doña Lola estaba sembrando en macetitas y cubriendo con semillas de chia remojadas la áspera superficie de unos jarritos porosos.

—¿Conque esa es la siembra para el dia de su santo, comadre?

—Para el viérnes de Dolores.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo, porque todo esto es para mi Virgen. A mí no hay quien me celebre.

—Yo, comadre, ese dia es mio.

—Pero, ¡compadre de mi alma!

—Ya lo dije y ya lo saben los amigos.

El fino del compadre tenia efectivamente preparada una fiesta, y ya en la vecindad andaba el *rum, rum*, de que el viérnes de Dolores habria un buen altar en la vivienda de Doña Lola.

La víspera de dia tan solemne se habia acostado bien tarde Doña Lola, y Concha un tanto contrariada habia tomado parte en las importantes haciendas de la casa, que se habia removido de arriba á abajo.

En cuanto á Pedrito, hacia dias que no tenia la bondad

de ver á su madre, porque Arturo de quien era ya muy amigo, lo hospedaba en su casa.

De repente los sonoros ecos de una música de bandolones, flautas y corneta piston despertaron á Doña Lola, á Concha y á los vecinos.

Era el bueno de Don José que venia á ofrecer á Doña Lola unas *mañanitas*.

Después de la primera pieza se abrió lentamente la vivienda de Doña Lola y apareció Concha y después su mamá.

—¡Compadre! exclamó ésta, ¿para qué se mete usted en..... esas *mañanitas*?

—Compadre contestó Don José, es un deber: le dije á usted que el día era mio, y lo he tomado desde temprano.

Efectivamente, eran las cuatro de la mañana, apenas empezaban á rechinar algunas puertas, y el ruido de algunas escobas empezaba á turbar el silencio de las calles, interrumpido á esas horas por el andar de algunos panaderos, por el rumor lejano de las diligencias que salen, y por el mugido prolongado de una vaca que entra á la ciudad, extrañando á su cria.

El santo de la fiesta, que no era ni santa, pero que así le decían todos, mostraba esa satisfacción embarazosa de todos los santos de la fiesta: los músicos tocaban alegres danzas, y ya los vecinos, atraídos por la novedad, estaban formando corrillos: unos se agolpaban al corredor, otros acechaban y algunos entraban á saludar á Doña Lola.

Concha estaba despeinada y vestía una bata de percal

blanco, y se cubría el pecho con un rebozo de Tenancingo.

A las *mañanitas* musicales hubo que agregar la indispensable ceremonia de hacer la mañana, y circuló el *catalan* con beneplácito, especialmente de los músicos.

Concha no tomó, pero en su lugar Don José tomó una copa que acompañó con un brindis que sabía de memoria y recitaba en estos casos.

Don José fué celebrado por Doña Lola y por los músicos, quienes tocaron diana como un homenaje al verdadero mérito.

El día pintaba bien, debía ser muy alegre.

—Como que se celebran los dolores de María, decía Doña Lola con fervor devoto.

—Y á mi comadre, añadía Don José.

Concha, ayudada por una criada andrajosa, sirvió el desayuno; y cuando los músicos se retiraron comenzó el trajín del altar, al que cada uno de los vecinos concurría con su contingente: quién envía sus macetas, quién unos platos con semillas de trigo nacidas: quién un tápalo de gasa, y quién botellas y vasos para las aguas de colores; porque en aquel altar cabía todo lo alegre, todo lo abigarrado y rechinante, desde las prendas de ropa hasta los platos del comedor, los pájaros, las macetas, las flores artificiales de un peinado que se usó, y las flores empolvadas que habían adornado algunos años las clavijas de una guitarra: finalmente, Don José mandó cuarenta velas de cera.

Concha, en union de dos amiguitas de la vecindad, se habia encargado de las aguas frescas con que los concurrentes habian de mitigar el calor que iban á sentir con las cuarenta velas.

Don José estuvo mas atento y mas servicial que nunca; comió en la casa y trabajó todo el dia para poner el altar, como que era el encargado de clavar clavos en las paredes y poner las macetas y las velas.

Pedrito se apareció al medio dia é hizo un gesto y dijo que aquello era el fanatismo y el embrutecimiento: Doña Lola y Don José le llamaron excomulgado y hereje, y Pedrito se dió humos de civilizado, burlándose de aquella fiesta, hasta el grado de introducir en la casa y en la vecindad no solo el desconcierto sino el escándalo.

CAPÍTULO VI.

EL ALTAR DE DOLORES.



Al acercarse la noche el trajin tomó el carácter de una asonada: faltaban muchas cosas, ya era la hora, Concha no estaba vestida, Doña Lola tenía jaqueca, todas las piezas de la vivienda estaban llenas de vecinos.

El sastre ponía velas en los candeleros; el de la guitarra hacia banderitas de oro volador; dos niñas dulces doraban naranjas agrias, mientras dos viejas agrias se acababan los dulces que les habian servido por vía de *piscolavis* ó de servicio *extra*, y en virtud de la fuerte razon que dieron de espantarse el histérico.

Don José de la Luz se multiplicaba como los Josées y como la luz; sudaba gotas gordas y estaba en un brete porque por primera vez en su vida se había puesto botines de charol, botines que, por otra parte, le habían valido ya tres miradas oblicuas de Doña Lola; y Don José estaba ufano haciendo un cálculo aproximado: contaba como á diez dolores por mirada.

El altar presentaba ya ese mosaico kaleydoscópico de cien mil prismas y cien mil relumbrones. Los amarillos vástagos del trigo nacido en la oscuridad; las muchas macetitas sembradas con almácigo de lenteja, garbanzo y cebada; la chia tapizando con sus dos primeras hojitas la superficie de pinos, jarros, ladrillos y *comales*, en los que la *alegría*, otra semilla cuyo primer brote es rojo, formaba caprichosas labores.

Estos eran los doce *comales* de Doña Lola, en los que se mostraban los clavos, el martillo, las tenazas, la escalera, los dados, la túnica y demas atributos de la pasión de Cristo, todo de alegría.

El tapete que es de rigor colocar al pié del altar, era de salvado, de polvo de café y de hojas de flores. Estaba hecho por el sastre.

El de la guitarra fué comisionado por Doña Lola para encender las velas del altar. Y un vecino dependiente de aceitería tenía el encargo de aderezar, encender y colocar las cuarenta y ocho lamparitas que debían alumbrar cada uno de los vasos que contenían aguas de colores.

A las ocho ya el altar estaba completamente iluminado y llenando la mayor parte de la sala.

La luz que salía á torrentes por la puerta é iluminaba la pared del corredor de enfrente, empezó á atraer á todas las mariposas de la vecindad.

—¡Parece un monumento! decía una anciana, bendito sea el Señor Sacramentado!

—Si este Don José de la Luz es fanfarron, decía otra.

—Y luego que como no está ahí Don Jacobo, dijo el sastre muy bajito.

—¡Ah! si estuviera ahí estaría esto tan triste, dijo una vecina relamida que había comido mucho.

—¿Y dan aguas frescas? preguntó un muchacho.

—Vaya, como que en el 7 han molido pepita desde ayer.

—Aconséjele usted á Conchita, mi alma, dijo la anciana que había dicho lo del monumento, aconséjele usted que no deje de echarle á la horchata sus rajitas de canela y su polvo por encima.

—Yo no, porque Conchita desde que usa tacones y castaña se ha vuelto tan mala.....

—¡El incienso! en dónde está el incienso! gritaba Doña Lola, á ver, que traigan un anafe.

Dos chicos, cerilleros de oficio y en receso aquella noche, se apresuraron á ofrecer sus servicios, y á poco rato pasearon por toda la casa, un brasero incensario que arrojaba espesas nubes de humo blanco hasta que lograron poner toda la casa en olor de santidad.

Concha, entretanto, había abandonado el campo y se había refugiado en el cuarto de una vecinita predilecta. Allí la esperaba una criada de ruego y encargo con agua tibia, ropa limpia, pomada y útiles de tocador que acomodados previamente en un canasto, iban á trasformar á la hacendosa Concha.

Esta llegó jadeante, inquieta, y viniéndosele el tiempo encima; comenzó á despojarse de sus vestidos con una festinacion febril, se lavó la cara, y á hurtadillas de la indiscreta criada se pasó por el rostro una esponja con albayalde de plata disuelto en agua rosada..... á hurtadillas tambien consultó tres veces al espejo si la *mano* había quedado pareja, y luego comenzó á aglomerar *postizos* sobre su cabeza; una gran castaña mas apuntalada con horquillas que un casco de buque en astillero, y luego rizos y luego flores.

La graciosa cabeza de Concha que en todo el dia había dejado caer dos trenzas negligentes y lacias, se había transformado como al conjuro secreto de una hada, tomando un aspecto distinguido y elegante.

Concha mostraba una disposicion infusa para el tocador; había adivinado por instinto esas líneas características del chic. En una palabra, había hecho una gran conquista, tenia el secreto de un prestigio cuyo valor apenas puede medir la misma mujer.

Se sabia peinar.

La criada que había estado entrando y saliendo mu-

chas veces, se paró de pronto frente á Concha exclamando:

—¡Qué linda está usted, Doña Conchita! y qué blanca, agregó sin acertar la causa. Y qué?... prosiguió despues de un rato, siempre que se lava la cara se pone tan blanca?

—Sí, Soledad, contestó Concha. Es que como se me irrita la piel con el calor.....

—¡Eso es! pues mire usted. Yo me voy á lavar seguido, porque mire usted, no soy tan prieta y á mí tambien se me irrita el cútis con la cocina.

—Harás bien, dijo Concha. Dame mi crinolina.

—¡Ay niña! si está enredada, toda se ha volteado, estas de alambre no sirven; cuando tenga usted, se ha de comparar una en el portal de las Flores, las hay muy bonitas.

Concha pensó en Arturo por la analogía que probablemente ha de haber entre el amor y la crinolina.

La criada no cesaba de contemplar el blanco mate de Concha, sorprendida de que hubiera desaparecido tan radicalmente la irritacion de la piel.

Concha se estaba pasando por los dientes un cepillo con polvos de comoto.

—¿Qué, viene el niño Arturo? preguntó la criada, abriendo la boca.

—¿Por qué lo preguntas?

—Como se limpia usted los dientes.

Concha se rindió á la evidencia, la criada había adivinado.

—Sí, contestó con un movimiento de cabeza.
Poco despues se sentó Concha en el suelo, se descalzó, y se puso á lavar los piés.

La criada estaba pendiente, y al servirla agua, exclamó, tambien abriendo la boca.

—¡Ay qué piecitos!.....

Concha le pagó con una mirada.

La criada le dió la toalla, y buscó despues en el canasto algo que habia en el fondo: eran dos bultos envueltos en papel de estraza.

—¡Medias! exclamó la criada, ¡botines! repitió descubriéndolos, y del "Botín azul," ¡carambal ¡de á cinco pesos! ¡á ver, á ver! ¡con sus moños!

Concha veia venir una indiscrecion tras otra, y se resolvió á ponerles término.

—No digas nada, dijo, no lo sabe mamá.

—¡Ay! con que..... ya decia yo.....

—Soledad, por Dios.....

—Hace usted bien, que el que una sea pobre es toda su desgracia; que á las pobres ni quien las quiera, y si el niño Arturo.....

—Cállate.

—No; yo lo digo, porque si usted quiere..... ya sabe usted que los doce reales que me dan en el 14, ni para manta..... y luego los mandados.

La criada permaneció callada y como preocupada.

Concha se estaba poniendo las medias.

—¿Y qué? preguntó Concha al cabo de un rato.

—Decia que..... en caso de que suceda..... yo me puedo ir con usted.

—¿De veras?

—¡Vaya! Como una quiere vestirse y tambien cada cual..... porque vea usted..... no me he podido comprar unos botines todavía, y con usted y el niño Arturo que es tan rico.....

—Pero si todavía.....

—¡Qué!..... ¿y los botines? vaya! yo lo he conocido todo. ¡Ay! qué *ataderos* tan preciosos, no se puede negar que el niño.....

Concha ajustaba á su gallarda pierna una liga de seda blanca con hebillas doradas, ya se habia calzado los botines, y se puso en pié.

—Coloca la vela y el espejo en el suelo.

—¿Para ver los botines? ya entiendo.

—Mas allá, dijo Concha, levantándose la falda y procurando encontrar sus pies en el espejo que se movia en las manos de la criada.

La criada despues de muchas vacilaciones acertó á reclinarse el espejo en una silla y se sentó en el suelo.

Concha permanecia recojiendo la falda con ambas manos y con la vista fija en el espejo, la criada dirijia pasmada y con cierta avidez sus miradas alternativamente á la copia y al original, al espejo y á los pies de Concha.

Aquellos pies merecian todos los honores.

Entonces el calzado de color estaba en boga.

Los pies de Concha calzados en aquel momento con

unos botines de seda color de café, eran en efecto el modelo del renombrado pié mexicano, arqueado, fino, pequeño y elegante.

Concha, por su parte, les buscaba el escorzo en el espejo y procuraba estudiarlos como los dibujantes del natural, por todos lados.

No en vano nos detenemos en estos pormenores, pues la fisiología viene en apoyo de nuestra contemplación.

Concha estaba experimentando esa dulce voluptuosidad del aseo, sentía en sus pies esa comfortable sensación que proporciona una media irreprochable y un calzado justo y perfecto que oprime como una suave caricia.

Esta sensación que partía de los pies se comunicaba por los ramos nerviosos como por otros tantos hilos eléctricos al cerebro de Concha, y allí se producía un deslumbramiento.

Aquella fruición difundía un bienestar extraño y agradable en todo el cuerpo de Concha, que por momentos sentía acrecentarse un estremecimiento gratísimo.

Concha veía en sus pies, como á sus pies, el lujo, las comodidades, la vanidad y el bienestar social.

Inútil parece advertir que aquellos botines y aquellas medias eran un regalo de Arturo, quien con énfasis había dicho á un amigo suyo:

—Es necesario comenzar por los cimientos.

Estamos seguros de que Arturo no midió toda la verdad de su frase; pero no había cosa más cierta.

Aquella sensación de placer debida á los botines, no la ha olvidado Concha nunca.

Aquella electricidad que comenzó por los pies, invadió toda la máquina, deslumbró á Concha y la perdió.

Eran los cimientos efectivamente de un edificio como los que finje la niebla, como los que forman las nubes y los *mirajes*.....

Pero no anticipemos, ni se nos vaya la lengua.

La criada pensaba que sería muy feliz el día que pudiera calzarse como Concha, y midiendo de un golpe su impotencia, preguntó á Concha:

—¿Cuando estén viejos me los dará usted?

Esta pregunta hizo salir á Concha de su enagenamiento y dejó caer su falda.

—Ya es muy tarde, exclamó, dame mi ropa.

La criada se levantó después de haber acariciado los pies de Concha, que hubiera querido besar.

Concha se puso un vestido de musolina aéreo y transparente y de un gusto exquisito, estaba adornado con *volantes*, que la misma Concha, á costa de muchos días de trabajo, había logrado encañonar.

Se colocó un pequeño cuello y un lazo rojo; puso un geranio entre los rizos que adornaban su frente, y salió del cuarto seguida de la criada.